

# Miguel Ángel Granados Chapa: Quemar las naves

Silvia Cherem

*Miguel Ángel Granados Chapa es una figura fundamental del periodismo mexicano. Ejemplo de valentía y sabiduría, su obra periodística explora y desmenuza el mundo subterráneo de la vida pública nacional. Silvia Cherem nos ofrece el retrato de este hombre ejemplar.*

“SIGO VIVO...”

A Miguel Ángel Granados Chapa la intemperie no le asusta. Una y otra vez, a lo largo de su historia, ha quemado sus naves sin saber a dónde irá. Lo hizo al marcharse de *Excélsior* en 1976, arropado por el grupo de Julio Scherer. Al salir de *Proceso* en 1977, desgastada su relación con Scherer. Luego, al renunciar a *unomásuno*, por solidaridad con los accionistas. Y a *La Jornada*, tras un pleito de principios con Carlos Payán. Ha sido líder de equipos, pilar de las publicaciones que moldearon la historia de México, pero, sobre todo, ha sido un solitario que se cuece aparte, tirando sus dados sin temor de mirar atrás. Su perseverancia, su capacidad de análisis y su disciplina lo han mantenido vigente y en primera línea en el oficio periodístico durante más de cuarenta años.

Su mayor logro ha sido la permanencia de su *Plaza Pública* que publica diariamente desde 1977. “Un expediente diario”, dice Carlos Monsiváis; “un espacio en el que destripa realidades como quien autopsia muertos”, apunta Vicente Leñero. Su memoria es prodigiosa: engarza y troquela las ideas en artículos que escribe de un jalón. Dice que redacta y depura cuartillas en la

mente, luego ya sólo se las dicta a sí mismo. Corrige poco. Conserva un archivo mental de todos los personajes políticos y de quienes se le cruzan en el camino, inclusive recuerda a sus alumnos que, treinta años después, puede reconocer con nombre y dos apellidos.

Quisiera ser recordado como un hombre que, a través del periodismo, “ha intentado hacer el bien, difundirlo”. Pero el gremio lo reconoce por mucho más que eso: baluarte de la libertad de expresión, protector de periodistas, defensor de los derechos humanos, perseguidor de políticos corruptos, delator del fascismo y de la derecha religiosa, y quien más conoce en México del funcionamiento del poder político, del comportamiento presidencial y de los manejos de la Corte.

Comenzó en el periodismo cuando los columnistas tasaban las líneas al mejor postor. Él no lo permitió. Dos veces intentaron comprarlo. La primera en 1975 cuando Marino Sagástegui, caricaturista de *Excélsior*, le dijo que el regente Octavio Senties quería “venderle” una casa en la Campestre Churubusco sin enganche y con un crédito blando a treinta años, como lo hizo con muchos otros periodistas de *Excélsior*. Y la segunda, tres años después, siendo Carlos Hank regente capitalino, Granados Chapa recibió una llamada del secretario de

SILVIA CHEREM S.  
**POR LA IZQUIERDA**

MEDIO SIGLO DE HISTORIAS  
EN EL PERIODISMO MEXICANO CONTADAS POR  
**GRANADOS CHAPA**



gobierno Manuel Gurría Ordoñez, quien quería “servirle” regalándole una casa.

Negándose cultivó su fama. Regresó hasta una videocasetera que le envió a su casa en 1981 Javier García Paniagua, uno de los dinosaurios del PRI quien fuera titular de la Dirección Federal de Seguridad, encargada de la guerra sucia de los años setenta, luego líder nacional del PRI y, al no ser ungido por José López Portillo como el candidato sucesor, se conformó con ser secretario de Trabajo y Previsión Social durante el último año de gestión de JLP, momento en el que trató de cooptar al periodista.

Granados Chapa hoy repite irónico la frase de Carlos Monsiváis: “¡Yo no sé quién me hizo esa fama de honrado, que ya nada me ofrecen!”. Le propusieron dos embajadas y una delegación que no aceptó. Jorge Castañeda padre le convidó la embajada de México en Nicaragua en 1979, tras el triunfo sandinista. Cuatro años después, Bernardo Sepúlveda lo invitó a ser embajador de México en Cuba. Y en 1997, Cuauhtémoc Cárdenas,

siendo regente del Distrito Federal, le ofreció la jefatura de la delegación Miguel Hidalgo. Todo rechazó por el lujo de ser periodista independiente. Lo único que sí aceptó fue ser consejero ciudadano del Instituto Federal Electoral en 1994 porque no intercedía con su *Plaza Pública*, por el contrario, le permitió seguir ejerciendo su libertad crítica.

Su primer reportaje sobre el fascismo en la Iglesia, en 1964, lo hizo acreedor a una tranquiza. Haría callo y, desde entonces, no desdena ningún tema de la agenda política, ni siquiera aquellos que involucran al narcotráfico. Nada lo ha intimidado. Ni Echeverría, cuando a él y a Scherer los amenazó de muerte en la gestación de *Proceso*. Ni el PROCUP, una guerrilla que en 1990 mató a dos guardias en la puerta de *La Jornada* para mandarle un puntual mensaje. Ni las llamadas de hostigamiento, que han sido pan de cada día. Ni siquiera lo acalambran quienes intentan amedrentarlo mencionando a sus hijos, como lo hizo Jorge Mendoza, que era vicepresidente del Canal 13 y ahora es senador del PRI quien, para acallar su continua postura de enjuiciamiento a TV Azteca y a Ricardo Salinas, le preguntó hace tres años: “¿No se le ofrecerá algo a Luis Fernando, que está en Georgetown, o a Rosario Inés que estudia en Harvard?”.

Granados Chapa sabe que tiene enemigos y, sin embargo, no se protege ni se autocensura. “Me cuido no yendo a Tepito a las doce de la noche”, dice sarcástico. A diferencia de Manuel Buendía que andaba armado, Granados Chapa nunca ha tenido pistola ni acepta guardias: “son inútiles”.

Específicamente hoy teme a José Antonio Zorrilla, asesino de Manuel Buendía, que ya está libre. Granados Chapa fue el primero en acusarlo y sabe que podría matarlo. Asimismo, señala a Miguel Ángel Yunes y a Gerardo Sosa, a quienes continuamente acusa, por aparte, de corruptos y posibles protagonistas de actos delictuosos. “A Sosa y a Yunes —puntualiza— no les tengo miedo, pero sé que podrían atentar contra mí. Miedo le tengo a Zorrilla”.

Granados Chapa sostiene que el periodismo hace política, pero no es un factor de poder. Los periodistas no pueden transformar el mundo con su trabajo. “Soy realista, contribuyo a modificar la realidad, pero no tengo capacidad de cambiarla”, dice. No cree en el periodismo objetivo ni clínicamente puro. Sostiene, como el poeta español José Bergamín, que somos sujetos, no objetos, y que, por lo tanto, todos sin distinción somos subjetivos porque tenemos una preferencia partidista y una visión de mundo personal.

Él se ubica en la izquierda liberal porque desde niño mamó la pobreza y la injusticia. “No me inquieta que me acusen de perredista. A diferencia de otros que expresan sus afinidades soterradamente, yo he sido honrado con mis preferencias. Procuro ser crítico también con el

PRD, no fui un servidor de López Obrador mientras estuvo en el gobierno y lo critiqué abiertamente cuando organizó el plantón en Reforma tras su fallida elección”.

Se dice más partidario de Andrés Manuel López Obrador que de Cuauhtémoc Cárdenas, más cerca de Alejandro Encinas que de Jesús Ortega. A López Obrador lo distingue como el mayor dirigente social que ha tenido México por décadas, y le enfada que lo comparen con Hugo Chávez que “es un golpista, no un demócrata”. Es un claro defensor de los derechos sindicales y continuamente apoya con su pluma las luchas de los trabajadores.

Entre los políticos mexicanos admira profundamente a Heberto Castillo, creador del Partido Mexicano de los Trabajadores; a Arnoldo Martínez Verdugo, líder del Partido Comunista y, sobre todo, a Jesús Reyes Heróles, sobre quien escribe su tesis doctoral, aún inconclusa.

“Reyes Heróles es personaje clave, el mejor político del sistema en los últimos cincuenta años; sin él el país sería distinto, para peor. Le debemos la reforma política, la representación de las mayorías y el desmantelamiento del partido único omnipotente, sin estallidos. Reformó para conservar: fue una obra magistral”.

Tiene claro que los funcionarios son ciudadanos como cualquier otro, investidos temporalmente de poder. “No son aborrecibles ni adorables de suyo, simplemente son ciudadanos, por ello no merecen ni reverencia ni repudio de facto”.

Señala que nunca se ha hecho amigo de funcionarios en el poder porque son amistades “meramente funcionales”. Ha tenido amigos en el poder, porque ya eran amigos de antes, como Heladio Ramírez López, quien fuera gobernador de Oaxaca y a quien conoció “cuando andaba en harapos”, y Miguel Limón, que fue secretario de Educación. A ellos dos los respeta porque han sido honestos en el desempeño público; no así a Roberto Albores, gobernador de Chiapas, a quien exhibió por su comportamiento lesivo para la gente. Así se terminó la amistad.

Cuenta un chiste conocido que la diferencia entre Pepe Pagés Llergo y Julio Scherer es que Pagés, por los amigos, se olvidaba del periodismo y que Scherer, por el periodismo, se olvida de los amigos. Granados Chapa

fija postura: “Soy cuidadoso del lenguaje cuando alguien es mi amigo, pero no dejo de decir las cosas. No callo la conducta indebida de un amigo, pero tampoco hurgo. Como decía Juárez: para todos justicia, y para los amigos, justicia y gracia”.

Si algo lamenta al analizar su trayectoria es no haber abordado a profundidad las luchas de los guerrilleros en la guerra sucia que el gobierno de Echeverría emprendió contra ellos y que finalizó cuando en 1977 Jesús Reyes Heróles, secretario de Gobernación de López Portillo, puso punto final con una Ley de Amnistía. “Si se revisara mi material de los setenta con los ojos de hoy, hasta yo mismo me preguntaría: ‘Y este cuate en qué país vivía’. Era de los pocos que escribía de uno que otro guerrillero, pero lo hice como casos aislados. No percibí la persecución ilegal sistemática de la que eran objeto los guerrilleros —a unos los mataron, a otros los exiliaron—, y eso es un profundo hoyo en mi trabajo que lamento”.

Afirma que tiene dos ingenuidades aldeanas: “el amor a la tierra y la creencia en el valor de las vidas ejemplares”. “Siempre estoy en Hidalgo”, dice. Colecciona fotografías con la torre del reloj de Pachuca, “la provincia del reloj en vela”, como escribió Ramón López Velarde, y cuando menos dos de los libros de su autoría tienen que ver con ilustres liberales hidalguenses: Alfonso Cravioto y Vicente García Torres.

“Tengo una relación edípica con mi tierra. Cuando llego a Pachuca, al estar en el límite entre el Estado de México y el de Hidalgo, parece una tontería, pero siento calorcito, entro al seno materno”. Por ello y porque le enfada que Hidalgo ha sido gobernado por “ineptos y corruptos que lo tienen condenado a la miseria”, quiso ser gobernador de su estado. No logró la alianza entre el PAN y el PRD, y se arrepiente de haber sostenido una candidatura que no consiguió un mínimo de electores. Hoy se esfuerza por conseguir nuevamente esa alianza para derrotar al PRI. Su candidata es Xóchitl Gálvez, quien fuera Comisionada Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas durante el gobierno de Vicente Fox, y vive esperanzado en que, ahora sí, logrará su objetivo.

Es melómano, bailarín y se sabe cientos de boleros de memoria. La carne y el vino rojo, antaño sus placeres preferidos, son un episodio cancelado por la enfer-

**Granados Chapa sostiene que el periodismo hace política, pero no es un factor de poder. Los periodistas no pueden transformar el mundo con su trabajo.**

medad que lo acosa. Es un hombre formal que siempre viste de traje y corbata, y que se habla de usted hasta con los amigos cercanos. Así se relacionó con Francisco Martínez de la Vega y Manuel Buendía, ambos fallecidos, y con Fernando Solana y Julio Scherer, con quien sólo recientemente se tutea. Confiesa que nunca ha tenido un par de *jeans* o unos *pants* deportivos en su guardarropa, y que jamás se ha emborrachado. Es ecuánime y mesurado, siempre habla con propiedad, como si escribiera, y sólo una vez en su vida se ha salido de sus casillas al grado de mentarle la madre a alguien.

Le enfurece tener hambre, si no desayuna asegura que puede “cachetear a alguien”. Por eso, a diario a la misma hora, a las 9:30, saliendo de su programa de Radio UNAM, desayuna lo mismo: dos huevos revueltos con pan y dos jugos de naranja. Aunque es autosuficiente en casi todo, no sabe nadar ni guisar. A lo más que llega en la cocina es a poner agua y café soluble en una taza. Otra de sus manías, dice que por “una cerrazón psicoanalítica”, es no saber qué tipo de sangre tiene. A pesar de que por la enfermedad ha requerido de continuas transfusiones, se niega a incluir en su prodigiosa memoria, rica en detalles, su grupo sanguíneo.

No se entiende del todo con la computadora, le sigue resultando ajena. Su primer coche, un Volkswagen, siempre Volkswagen aún hoy, lo compró a los treinta y dos años. Se declara anticonsumista y, por ese principio, no llevó jamás a sus hijos a Disneylandia. Insiste que no es por una postura antiyanqui: sus hijos se formaron en Estados Unidos. Su mayor defecto es ser intolerante, pero trata de endulzarlo con la razón.

Afirma que no pierde el suelo. Lo perdió sólo cuando comenzó a trabajar: se compró un gasné y cigarros Benson and Hedges, por un esnobismo que casi de inmediato desechó. La austeridad con la que creció ha sido su semáforo rojo para asentar los pies en la tierra.

A principios de 1970, en la época dorada de *Excélsior*, Julio Scherer le dijo a Granados Chapa: “Usted es casi perfecto, sólo le falta sufrir”. Respondió: “No veo la necesidad”. Hoy, a los sesenta y siete años y al hacer un desglose de su vida en más de veinte horas de entrevista, se pregunta si realmente ha sufrido. Concluye que no. Las muchas ocasiones de sufrimiento en su vida —especialmente el golpe a *Excélsior* y la salida de *Proceso*— muy

pronto se revirtieron en crecimiento y brillo; y la enfermedad que lo acosa desde diciembre de 2007, en un derroche de cercanía, apapacho y amorosa generosidad.

No tengo resentimientos de ninguna especie, la vida ha sido mucho más generosa conmigo que adversa, y sólo tengo gratitud. He tenido momentos profesionales muy difíciles, pero éstos se han revertido de inmediato con signos de lo contrario. De modo que la pena, el pesar, la ira se han compensado. En los últimos años, tengo abundantes motivos de gratitud por la generosidad de las personas, más gratificaciones que motivos de aflicción. Además, sigo vivo...

#### CRUCERO: EL INICIO

Aunque su primer reportaje en 1964 no llevó rúbrica, Granados Chapa dejó claro el estilo que lo ha identificado en su carrera periodística: valentía e investigación cabal, y desde entonces, siendo un joven de veintitrés años, enfrentó sin callo periodístico las escabrosas consecuencias que puede tener el oficio.

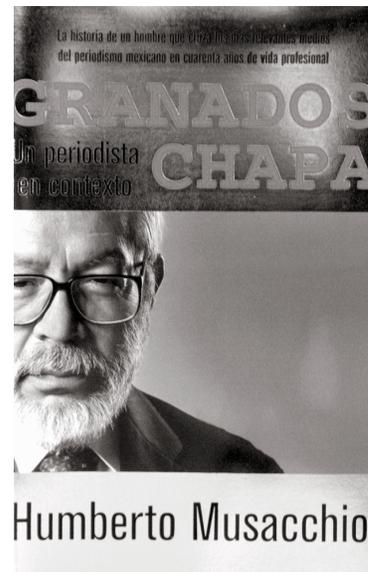
Con una investigación acuciosa, en el semanario *Crucero* que fundó entonces Manuel Buendía, publicó durante siete semanas, a partir del 23 de agosto de 1964, un reportaje de denuncia sobre el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) y otros grupos fundamentalistas católicos clandestinos como la Liga Universitaria Nacionalista y la Vanguardia Integradora de la Mexicanidad. Exhibió su forma de organización, la juramentación en ceremonias secretas con una daga, un crucifijo y una calavera, los nombres de sus dirigentes y sus fuentes de apoyo, incluyendo universidades públicas y privadas que, arropadas en un catolicismo intransigente al estilo Ku Klux Klan, incentivaban a estos grupos radicales anticomunistas, antijudíos y antiprotestantes.

Eran tiempos de franca división en la Iglesia. El cardenal Tisserant, el segundo del Vaticano, había permanecido dieciocho días en México, en diciembre de 1963, con la intención infructuosa de convencer a los obispos fundamentalistas de la necesidad de reformar la Iglesia. La discordia era infranqueable. Por un lado estaban los progresistas, seguidores de las encíclicas y del Concilio

Granados Chapa es melómano, bailarín y sabe cientos de boleros de memoria. Es un hombre formal que siempre viste de traje y corbata, y que se habla de usted hasta con los amigos cercanos.



Miguel Ángel Granados Chapa



Vaticano de Juan XXIII; por el otro: derechistas, radicales y conservadores, opuestos a cualquier modernización.

La respuesta a la osadía de *Crucero* no tardó. *Puño*, el órgano informativo de MURO, alude en septiembre de 1964 “a los vodeviles mariguanescos de *Crucero*” y, aunque el reportaje no había sido firmado, desenmascararon al reportero Miguel Ángel Granados Chapa y lo acusaron de ser el “inspirador y propiciador del suspenso de este cuento que ha dejado temblando al Monje Loco”. Señala Granados Chapa: “El enojo manifestado de esa manera comprobó que habíamos dado en el blanco: todo era cierto. Yo me había documentado bien, mis testimonios eran confiables. No tuve miedo, pero sí la certidumbre de que algo iba a pasar”.

Los pormenores detrás de esta historia nunca antes los había revelado. Miguel Ángel tenía un amigo muy querido, un sacerdote dominico suizo, fray Tomás Allaz, por quien su segundo hijo se llama Tomás Gerardo. Allaz había hecho una primera denuncia contra el MURO en un artículo en la revista *Siempre!*: “Cristianismo sí. Contubernio político religioso, no”.

Apunta Granados Chapa: “Don Tomás y yo fuimos amigos durante muchísimos años. Había sido sacerdote obrero en Francia y era un franco opositor del uso de la religión católica como instrumento político. En la propia parroquia universitaria donde él actuaba, en el Centro Cultural Universitario a las afueras de Ciudad Universitaria, me interioricé en la espiritualidad católica con él y con otros dominicos. Yo era un católico ritualista, siempre fui a escuelas públicas y para mi madre ser católico era sólo asistir a misa los domingos. Estando en la UNAM, pude ir formando un criterio con la visión humanista de fray Tomás que contrastaba con la de varios de mis compañeros de Ciencias Políticas, líderes de MURO, que hacían proselitismo en la Universidad”.

Manuel Buendía y Granados Chapa estaban en la misma cuerda. Buendía había sido seminarista, luego pa-

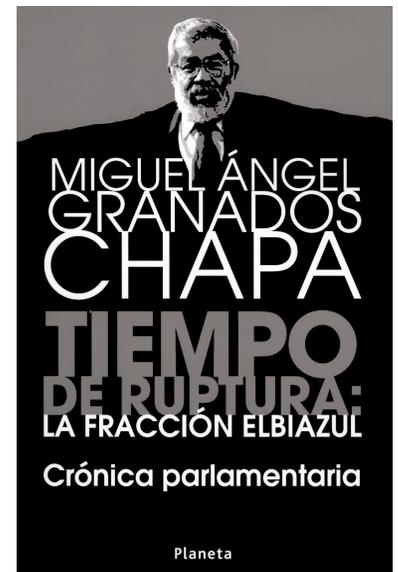
nista y, finalmente, tras rechazar el catolicismo de derecha, un franco opositor. Diferenciaba la religión ética, que promueve y busca la justicia, del catolicismo intransigente y radical; y se mostró dispuesto a que Granados Chapa realizara aquella investigación justamente en tiempos en que el propio arzobispo Miguel Darío Miranda y Gómez escribía una carta pastoral de condena “a los grupos secretos”, misma que publicaron en facsímil en *Crucero*.

Había que documentar a qué grupos secretos se refería el arzobispo. Granados Chapa bien los conocía y no tuvo empacho en hablar con sus compañeros universitarios haciéndoles creer que juramentaría como miembro de MURO, fachada de otros movimientos clandestinos. Participó en reuniones que, a ese efecto, se llevaban a cabo en una casa en la calle de Tuxpan, en la colonia Roma. “Desde el primer momento supe que había contraído una deuda que me harían pagar porque expuse la violencia de la que eran capaces los grupos subterráneos. Ello iba a tener un costo”, dice.

Y lo tuvo. En marzo de 1965, casi nueve meses después, jóvenes que se hicieron pasar por estudiantes lo atraparon y secuestraron en un Mercedes Benz para golpearlo sin clemencia y, en la Magdalena Contreras, despoblada entonces, lo encueraron y amarraron a un árbol para darle una paliza feroz. El mensaje era claro, sus adversarios creían que a trancazos aprendería a guardar silencio.

El trayecto de Ciudad Universitaria a Contreras no fue breve, iban dando vueltas para perderse de una patrulla de la policía universitaria que los perseguía. Un amigo de Miguel Ángel había dado aviso. Presenció el secuestro y a gritos alertó al servicio de seguridad de la UNAM. La persecución se prolongó durante algunos minutos, pero al final fue infructuosa, porque el coche de los jóvenes era mucho más potente y dejó atrás a la patrulla.

“Por lo que pude sentir, dieron muchas vueltas para perderse de la patrulla —recuerda—. Iba yo agachado



en el asiento de atrás, flanqueado por dos de los cuatro tipos que me pescaron. Cuando finalmente lograron esquivar a la policía, me dio miedo, no sabía qué iba a pasar”.

Ensangrentado en la Magdalena Contreras, dice que más que coraje o temor, sintió alivio. “Era un crédito que había cubierto. Tenía ese pendiente, sabía que un día iba a ocurrir y no fue tan grave porque hubieran podido matarme. Arrastré las consecuencias como parte del oficio y para mi suerte el costo no fue tan elevado: pagué la deuda y contraí un lazo de amistad con Buendía, quien me cobijó en todo momento”.

Además, no aprendió la lección: jamás se callaría. *Crucero* exhibió la golpiza. Buendía y él presentaron además una denuncia penal y el procurador de Justicia, Fernando Román Lugo, accedió a investigar los hechos. Fernando Merino, compadre de Buendía, se encargó de la investigación. “Con información de la policía universitaria encontramos el coche Mercedes Benz negro. Era de Eduardo Turati, uno de los golpeadores. También reconocimos a Jorge Martínez, un muchacho medio lumpen, cosa rara porque los de MURO eran muchachitos bien, procedentes de las escuelas de derecha, sobre todo lasallistas”.

Sin embargo, un día Merino anticipó a Buendía y a Granados Chapa que tenía órdenes del procurador de no seguir. En el gobierno de Díaz Ordaz trabajaba Luis Farías, director de prensa de la Secretaría de Gobernación, quien, según Granados Chapa, en sus años universitarios en la década de 1940 había sido jefe de Los Conejos, organización equivalente a MURO, y seguía siendo cercano a estos grupos secretos. Luego fue diputado y gobernador de Nuevo León. “Ahí quedó todo: con la identificación de dos de los golpeadores y sin ninguna consecuencia”, señala.

Casi quince años después, el 3 de mayo de 1978, en su columna Plaza Pública en *Cine Mundial*, Granados Chapa denunció a la Unión Nacional de Padres de Fa-

milia como una organización conservadora y reaccionaria, infiltrada por fascistas. Mencionó a su nuevo presidente: Eduardo Turati, quien después sería diputado del PAN.

Textualmente escribió: “¿No una persona de ese nombre (Eduardo Turati) participó en 1965 en el asalto a un periodista que había denunciado a los grupos secretos de corte fascista que se ocultaban tras la mampara de MURO?”. Denunció, asimismo, a Federico Muggenburg que aunque no fue de los golpeadores, sí había sido parte de la estructura de MURO, y en ese 1978 era ideólogo del Centro de Estudios Económicos del Sector Privado de la Concanaco. También mencionó a Luis Felipe Coello y a Guillermo Vélez Pelayo, presidente y vicepresidente de MURO.

Paradójicamente, por esos vuelcos que da el destino, a Vélez Pelayo lo apoyó en 2001 porque, siendo funcionario de la Secretaría del Trabajo, padeció el asesinato de su hijo, un joven de treinta años, a manos de la novísima Agencia Federal de Investigación que, sin pruebas, lo acusó de secuestrador, lo torturó y lo acabó asfixiando. Dejando de lado la actuación de éste en MURO, el periodista denunció el hecho en su *Plaza Pública*.

*Crucero* no logró despegar y Granados Chapa renunció en 1965 para fundar Informac, una agencia periodística con Fernando Solana, su maestro en Ciencias Políticas y quien llegaría a ser en 1968 secretario general de la UNAM. Señala: “Era un adelanto en mi desarrollo profesional, iba a tener áreas de responsabilidad a mi cuidado y a Solana lo admiraba mucho”. De hecho, Luis Fernando, su primogénito, se llama Fernando por Solana.

La relación con Manuel Buendía se afianzó con los años. “Fui su subordinado un año y fuimos amigos diecinueve años”, dice Granados Chapa, quien ha sido punta de lanza en la investigación y enjuiciamiento de los responsables de su asesinato. **U**